

Sonreir, apretar los ojos.

Estefi Vicens



Capítulo 1

Sonreír, arrugar los ojos[1].

Suyai no contesta. Está encerrada, sin familia, sola en un barrio del otro lado del puente que divide la ciudad. Soy la única que sabe de ella y su depresión. Me pasó una lista con la cantidad de medicamentos que toma. Me dio el teléfono del hijo que quedó cuarenteneando en La Plata y que no pensó en venir, también el de su amiga Analía que vive en la otra punta de la ciudad.

Ella no atiende y me preocupa, no puede salir. Yo tampoco. Estamos encerradas en nuestras vidas y en la ciudad con más casos de la provincia de Río Negro. Vivo en el centro de Roca y la policía anunció aumento de controles y multas a mansalva.

Salgo del consultorio que está pegado a la casa, abro la puerta ventana y una selva de ladrillos de plástico, y tablitas de madera yacen en el suelo. Me asomo y se vienen encima mis hijos que estaban con su padre, Dalmiro, en el sillón.

: - ¡Mamiii! Dice uno.

:- ¿terminaste?, agrega la otra.

Digo no, pero si terminé de atender, de lo que no terminé es de hacerme la cabeza. Le toca trabajar a Dalmiro, se va y yo sigo rumeando, me enrosco y con las manos inquietas en el pelo termino en rodete.

Llega Carla, la niñera, ¡estoy salvada! Voy a poder irme.

La miro y esta angustiada. Dice que vio de camino a casa los policías charlando entre ellos sin barbijo, que fuman, que los taxistas toman mate, que vamos mal.

La vuelvo a mirar, tiene más ojeras, yo me veo en las sesiones virtuales todo el tiempo, en la pantalla chica del celular y sé que no las tengo.

Creo que perdí el miedo, aunque si me dan información puede entrar a lo más profundo de mi alma y no dejarme dormir como las primeras noches después del 19 de marzo. Lo que más noto son mis patas de gallo, se

intensificaron de marzo a julio. Es por el barbijo, desde que noté que la gente en los comercios está a la defensiva por los protocolos para entrar, intento sonreír, pero como no se ve, lo que hago para sonreír, es arrugar los ojos.

Ella sigue hablando, ahora va por el marido, le preocupa, trabaja en un taller y los del otro sector se contagiaron, se me escapa decirle que no puede seguir así y sus ojos se llenan de lágrimas, hago como que no la veo, si le afirmo la mirada va a llorar y están los nenes. Voy a agarrar el auto y conducir hasta lo de Suyai.

Decido no contar a nadie.

Le aviso a Carla que Vera y Nuar están en sus cuartos, ella se pone a limpiar, le grito apurada que me voy mientras agarro la campera, alcanzo a escuchar que está nevando.

:- ¿qué?. – miro por la ventana y ya hay bastante nieve sobre el techo del auto, también se hizo un manto sobre el pasto.

Salgo igual.

Tengo que pensar como pasar el puente que tapa el canal de riego más ancho de la ciudad, la recorre de punta a punta, atravesarlo es una cuadra más, alrededor hicieron un paseo, lo rodean álamos, algunos frutales y estatuas que hicieron estudiantes de la universidad de arte.

También es el canal que divide la ciudad en dos, los de arriba en dirección a la barda y los de abajo, del centro. Es la división de clase social, del otro lado la ciudad sube hasta la barda con planes de vivienda y dibuja los pobres y de este lado varían las vistosas casas de ricos y departamentos de pudientes de clase media.

Con el auto en marcha, pero detenida en una esquina, marco a Suyai desde el celu, pero no atiende. Voy a llegar a su casa sea como sea. Arranco y me acerco al puente, ahí sí están los controles. Me detengo, algo raro pasa. Hay un camión remolque azul del municipio que tira montañas de tierra tapando el puente. La policía se queda de este lado, están amurallando la ciudad. Prendo la radio. Busco en diales. Busco, busco, apreté los botones compulsivamente, ibusco!. Lo único que dice alguien desde ese aparato es la hora.

Sigo mirando por el parabrisas: paró de nevar, pero hace frío.

La policía grita y discute con mujeres, y pocos varones, todas las civiles con palas sacando la tierra que acaba de volcar el camión. De la nada

aparecen niños a jugar con la tierra y parecen no escuchar.

Estoy en la esquina anterior al puente, algunos gritos se entienden. Una de las mujeres está enfurecida, si no tuviera barbijo diría que escupe cuando grita. La mujer sacude la pala como puede y dice que ¿cómo se piensan que cruzarán para ir a trabajar? Otra voz dice que son ordenes de municipalidad. Las carcajadas de fondo de niños jugando se mezclan con el barullo de otras mujeres que gritan más bajo, pero no se les entiende, los pocos varones intentan frenar la confrontación fallando en cazar el brazo de las que no se acobardan.

En la radio la intendenta desmiente haber dado esa orden y responsabiliza a la provincia. Es la misma historieta siempre, municipio y provincia peleadas y mientras rebalsan casos de covid 19.

Llamo de nuevo a Suyai, no hay caso, no atiende.

Dejo el auto ahí y bajo, el barullo me ayudaría a pasar caminando sin que me pare la policía. Si me paran estoy muerta, me multan y me contagian, o eso dicen, que es la policía el mayor foco de contagios de la ciudad.

Ya crucé la calle, estoy con las manos en los bolsillos porque me duelen del frío, las cross que no me saco hace 100 días, aprovechando que las pacientes me ven solo de la mitad para arriba, no acompañan. Subo igual el montículo de la disputa, la gente sobre la tierra sigue peleando. Yo llegaré a lo de Suyai. No puedo pensar plan b si me paran, traje la matricula, pero no vale sin el permiso como personal de salud mental. Sigo. Por la mitad del puente escucho a mi costado una policía que dice que lo único que falta es que se lleven la tierra y la vendan por Facebook.

Sigo. Miro para adelante, pero alguien me habla. No le entiendo o no quiero escuchar, miro fijo a sus ojos y casi con frenetismo sonrió, arrugo los ojos.

Sigo y no escucho que me vuelven a llamar. Pasé el puente y vuelve a nevar. Los copos son grandes, no nevaba así en las ciudades del alto valle desde que vivía en la chacra a los 8, y ahora a mis 35 años.

Llego a lo de Suyai, ya había venido a hacerle ambulatorios, la reja me separa de la puerta y no tiene timbre, no se ve movimiento. No aplaudo, busco sobre el cordón cuneta una piedra y se la tiro a la puerta de madera. Nada. Otra, tiro otra un poco más grande. La puerta por fin se abre, y aparece Suyai, su pelo completamente aplastado sobre un costado, balbucea y no le entiendo de lo dormida y por su voz ronca de exfumadora. El camino nevado desde su puerta a la vereda nos separa, pero no tanto como el miedo al contagio a sus 60 años.

Ella vuelve a hablar más fuerte. Logra decirme que se quedó dormida desde la noche anterior que no sabe porque durmió tanto, no se enteró de nada. Le pedí que no salga. Después de un gran suspiro, pienso en la cantidad de psicotrópicos que toma. Recuerdo, mientras me habla, sus parálisis de sueño, el sonambulismo con el que salió a hacer compras y le contaron, pero no recuerda y solo creyó porque encontró los tiquets junto a ropa y carteras nuevas sobre la mesa. Me pregunto si serán efectos adversos del coctel.

Le aviso que luego la llamo, que se despierte tranquila. Volví a casa por el mismo recorrido. Había una sola agente policial parada en el medio del puente tiritando y por momentos estirando con estupor sus extremidades del cuerpo por el frío. También habían dejado la mitad del puente sin montículo de tierra y la otra mitad con la tierra bien elevada.

Llegué a casa y cuando abrí la puerta Nuar salió corriendo a una velocidad desorbitante para sus dos años, otra vez escapando por la vereda y largando una carcajada maníaca, lo corro, pero llega hasta la esquina y dobla. No puedo gritarle porque no me da el aire, pero logro cazarlo con mi mano derecha desde la capucha y pego el tirón. Lo detengo y lo abrazo.

Suena el teléfono y del otro lado Suyai me avisa que está afuera del consultorio del psiquiatra y confirmó que sus malas experiencias con el dormir eran efectos adversos de la medicación.

Estamos los tres afuera, mientras sostengo el teléfono le sonrío a Nuar aún con el barbijo, arrugo los ojos.

[1] Si quieres puedes ver: sonrisa de Duchenne en <https://es.wikihow.com/sonre%C3%ADr-con-los-ojos>